



Ian McEwan

Solar

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA





Título de la edición original:

Solar
Jonathan Cape
Londres, 2010

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © Andy Chatman

Primera edición: marzo 2011

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2011

© Ian McEwan, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7555-3
Depósito Legal: B. 3423-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons





A Polly Bide
1949-2003





A Conejo le produce un gran placer, le hace sentirse rico, contemplar la consunción del mundo, saber que la tierra es también mortal.

Conejo es rico,
JOHN UPDIKE





Primera parte
2000





Pertenecía a esa clase de hombres vagamente anodinos, a menudo calvos, bajos, gordos, inteligentes, que inexplicablemente atraían a determinadas mujeres hermosas. O él pensaba que las atraía, y al pensarlo parecía que así era. Y le convenía que algunas mujeres creyeran que era un genio al que había que salvar. Pero el Michael Beard de esta época era un hombre de mentalidad estrecha, anhedónico, monotématico, afligido. Su quinto matrimonio se estaba desintegrando y debería haber sabido comportarse, tomar distancia, asumir la culpa. ¿No eran los matrimonios, los suyos, como las mareas, en las que al reflujo sucede inmediatamente el flujo? Pero el último era diferente. No sabía cómo comportarse, tomar distancia era doloroso y por una vez, a su modo de ver, no había culpa que asumir. Era su mujer la que estaba teniendo una aventura, y la vivía de un modo flagrante, punitivo y desde luego sin remordimiento. Él estaba descubriendo en sí mismo, entre una diversidad de emociones, intensos momentos de vergüenza y nostalgia. Patrice salía con un constructor, el de ambos, el que había remozado su casa, equipado la cocina, alicatado de nuevo el cuarto de baño, el mismísimo individuo corpulento que a la hora





del té le enseñó una vez a Michael una foto de su casa de falso estilo Tudor, renovada y adaptada por su propia mano, con un barco encima de un remolque y debajo de un farol victoriano sobre el piso de cemento del sendero de entrada, y con espacio para instalar una cabina telefónica roja y fuera de servicio. A Beard le sorprendió descubrir lo complicado que era ser cornudo. La desgracia no era simple. Que nadie dijese que en esta fase tardía de la vida era inmune a nuevas experiencias.

Se lo veía venir. Sus cuatro mujeres anteriores, Maisie, Ruth, Eleanor y Karen, que todavía se interesaban a distancia por su vida, habrían exultado, y él esperaba que no se enterasen. Ninguno de sus matrimonios había durado más de seis años, y era un logro, visto de esta forma, no haber tenido hijos. Sus mujeres habían descubierto pronto que ofrecía una pobre o aterradora perspectiva como padre, y para protegerse le habían dejado. Le complacía pensar que si había causado infelicidad nunca había sido prolongada, y decía algo en su favor que todavía se hablara con todas sus ex.

Pero no con la actual. En tiempos mejores, quizás se hubiese vaticinado a sí mismo un varonil recurso a un doble rasero, con accesos de cólera peligrosa, tal vez un episodio de borrachera mortal a altas horas de la noche en el jardín trasero, o la cancelación del seguro del coche de la cónyuge y la calculada conquista de una mujer más joven, una especie de derribo a lo Sansón del templo marital. En cambio, estaba paralizado por la vergüenza, por la magnitud de su humillación. Aún peor, le asombraba la importuna nostalgia de Patrice. Por esos días, no sabía de dónde le venía desearla, como si fuera un acceso de retortijones. Tenía que sentarse en algún sitio y esperar a que pasara. Al parecer, había un determinado tipo de maridos a los que excitaba la idea de que su mujer estuviera con otros hombres. Esos maridos





podrían organizar que les metieran atados, amordazados y encerrados con llave en el ropero del dormitorio mientras su mejor mitad entraba en acción. ¿Había Beard por fin encontrado en su interior una capacidad para el masoquismo sexual? Ninguna mujer parecía o resultaba tan deseable como la esposa de la que de repente no podía disponer. Ostensiblemente, fue a Lisboa a visitar a una antigua amiga, pero fueron tres noches tristes. Tenía que recuperar a su mujer y ser capaz de no ahuyentarla con gritos, amenazas o brillantes lapsos de insensatez. Suplicar tampoco era propio de su carácter. Estaba aterrado, era un hombre abyecto, no acertaba a pensar en otra cosa. La primera vez que ella le dejó una nota —*Me quedo a dormir en casa de R. Bss. P*—, ¿fue él a la casa adosada de falso estilo Tudor, antaño de protección oficial, con la lancha protegida por una funda sobre el duro soporte y un jacuzzi en el diminuto jardín trasero, a aplastarle los sesos al hombre con su propia llave inglesa? No, estuvo viendo la televisión cinco horas con el abrigo puesto, se bebió dos botellas de vino y procuró no pensar. Y no pudo.

Pero lo único que podía era pensar. Cuando sus otras mujeres habían descubierto sus devaneos, se enfurecieron, fría o lacrimosamente, se empeñaron en expresar, durante largas sesiones hasta la madrugada, lo que pensaban sobre la confianza traicionada, y al final pedían la separación y todo lo que seguía. Pero cuando Patrice topó por casualidad con unos emails de Suzanne Reuben, una matemática de la Universidad Humboldt de Berlín, se puso anormalmente eufórica. Esa misma tarde trasladó su ropa al dormitorio de invitados. Fue una conmoción cuando él abrió las puertas del ropero para confirmarlo. Entonces comprendió que aquellas hileras de vestidos de seda y de algodón habían sido un lujo y un confort, versiones de ella misma colocadas en





fila para agradecerle. Ya no. Hasta se había llevado las perchas. Aquella noche Patrice sonrió en la cena mientras explicaba que ella también proyectaba ser «libre», y esa misma semana había iniciado su aventura. ¿Qué iba a hacer un hombre? Pidió perdón durante un desayuno, le dijo que aquel desliz no significaba nada, hizo grandiosas promesas que sinceramente creyó que cumpliría. Fue cuando más cerca estuvo de la súplica. Ella dijo que no le importaba lo que él hacía. Le importaba lo que ella estaba haciendo, y fue entonces cuando reveló la identidad de su amante, el constructor cuyo nombre siniestro era Rodney Tarpin, dieciocho centímetros más alto y veinte años más joven que el cornudo, y cuya única lectura, según se jactó cuando humildemente estaba enluciendo y biselando en casa de los Beard, era la sección de deportes de un tabloide.

Un síntoma temprano de la angustia de Beard fue la dismorfia, o quizás fue de la dismorfia de lo que se curó de repente. Por fin se conocía tal como era. Al sorprender cuando salía de la ducha una rosada piltrafa cónica en el empañado espejo de cuerpo entero, limpió el cristal, se plantó delante y se contempló incrédulo. ¿Qué resortes de narcisismo le habían permitido pensar durante tantos años que su aspecto era seductor? Aquella ridícula mata de pelo, a la altura del lóbulo de las orejas, que reforzaba su calvicie, el nuevo colgajo de grasa que pendía debajo de los sobacos, la inocente estupidez de la barriga y el trasero. En otro tiempo había podido mejorar su imagen ante el espejo estirando hacia atrás los hombros, manteniéndose erguido, tensando los abdominales. Ahora la grasa humana recubría sus esfuerzos. ¿Cómo era posible que retuviese a una joven tan hermosa como ella? ¿Sinceramente había pensado que la posición social bastaba, que su Premio Nobel la conservaría en su cama? Desnudo era una ignominia, un idiota,





un alfeñique. Ya ni siquiera podía hacer ocho flexiones seguidas. Tarpin, en cambio, subía corriendo la escalera del dormitorio principal de los Beard con un saco de cemento de cincuenta kilos debajo del brazo. ¿Cincuenta kilos? Era más o menos lo que pesaba Patrice.

Ella le mantenía a distancia con su alegría letal. Eran insultos adicionales, el sonsonete con que decía «¡hola!», el recitado matutino de los detalles domésticos y sus andanzas vespertinas, y nada de esto habría importado si él hubiera podido despreciarla un poco y planear el modo de quitársela de encima. Entonces podrían haberse entregado al breve y horripilante desmantelamiento de su matrimonio sin hijos. Por supuesto que ella le estaba castigando, pero cuando él se lo dijo ella se encogió de hombros y respondió que habría podido decir lo mismo de él. Él dijo que ella simplemente había estado esperando esta oportunidad, y ella se rió y dijo que en tal caso se la agradecía.

En su estado delusorio estaba convencido de que justo cuando la estaba perdiendo había encontrado a la esposa perfecta. Aquel verano de 2000 ella vestía ropa distinta, tenía otro aspecto en casa: vaqueros desteñidos, chancletas, un cárdigan rosa astroso sobre una camiseta, el pelo corto y más oscuro el azul inquieto de sus ojos claros. Era de complexión delgada, y ahora parecía una adolescente. De las bolsas de plástico vacías, lustrosas y con asas, y del papel de seda depositados encima de la mesa de la cocina para que él los inspeccionase dedujo que se estaba comprando lencería nueva para que Tarpin se la quitase. Ella tenía treinta y cuatro años y conservaba el aire de fresas con nata de sus veinte años. No le incitaba, no le provocaba ni coqueteaba con él, lo que al menos habría sido una forma de comunicarse, sino que gradualmente perfeccionaba la viva indiferencia con que se proponía borrarle de su vida.





Él necesitaba dejar de necesitarla, pero el deseo pretendía otra cosa. *Quería* desearla. Una noche tórrida, destapado encima de la cama, trató de consumir una masturbación liberadora. Le fastidiaba no poder verse los genitales si no descansaba la cabeza sobre dos almohadas, y la fantasía era constantemente interrumpida por Tarpin, que, como si fuera un ignorante tramoyista que acarrea una escalera y un cubo, no paraba de moverse por el escenario. ¿Había en el mundo, aparte de Beard, algún otro hombre en aquel momento que intentase disfrutar pensando en su mujer a sólo nueve metros de distancia, al otro lado del rellano? La pregunta le disuadió de su intento. Y hacía demasiado calor.

Algunos amigos le decían que Patrice se parecía a Marilyn Monroe, al menos vista desde ciertos ángulos y con cierta luz. Había aceptado de buena gana aquella comparación que realzaba su estatus, pero él nunca la había visto así. Ahora sí. Ella había cambiado. Su labio inferior tenía una plenitud nueva, un augurio de problema cuando bajaba la mirada, y el pelo corto se le enroscaba en la nuca de una forma cautivadora y anticuada. Sin duda era más bonita que Marilyn cuando los fines de semana deambulaba por la casa y el jardín envuelta en una bruma rubia, rosa y azul claro. De qué adolescente intriga de colores se había él prendado, y a su edad.

Cumplió cincuenta y tres años en julio, y naturalmente ella no se acordó de su cumpleaños y luego fingió recordarlo, con su nuevo estilo alegre, tres días más tarde. Le regaló una corbata ancha y chillona, de un fosforescente verde menta, y le dijo que esas corbatas volvían a «estar de moda». Sí, los fines de semana eran lo peor. Ella entraba en una habitación donde él estaba, sin intención de hablar pero quizás queriendo hacerse ver, y miraba alrededor con una ligera sorpresa antes de marcharse. Estaba evaluando todo





de nuevo, no sólo a él. Michael la veía tumbada con los periódicos en la hierba al fondo del jardín, debajo del castaño de Indias, aguardando a la sombra a que empezase su velada. Después se retiraba al cuarto de invitados para ducharse, vestirse, maquillarse y perfumarse. Como si le leyera el pensamiento, se aplicaba la barra de labios roja y espesa. Quizás Rodney Tarpin estuviese alentando lo del parecido con Marilyn, un tópico que Beard ahora se veía obligado a compartir.

Si estaba aún en casa cuando ella se iba (hacia lo que fuera por estar ocupado por la noche), se le hacía irresistible alimentar su nostalgia y su dolor observando a Patrice desde la ventana de arriba cuando ella salía al aire vespertino de Belsize Park, subía el sendero del jardín —qué desleal, por parte de la cancela desengrasada, chirriar como lo hacía antaño— y entraba en su coche, un pequeño y frívolo Peugeot negro, de arranque caprichoso. Patrice estaba tan ansiosa, acelerando al despegarse del bordillo, que su *douleur* se duplicaba porque ella sabía que él la observaba. Después su ausencia gravitaba en el polvo veraniego como el humo de una hoguera en el jardín, una carga erótica de invisibles partículas que le paralizaba durante muchos minutos huecos. No estaba loco de verdad, se repetía, pero pensaba que estaba ingiriendo un gusto, un trago amargo.

Lo que le maravillaba era su incapacidad de pensar en otra cosa. Cuando leía un libro, cuando daba una charla, en realidad estaba pensando en ella, o en ella y en Tarpin. Era una mala idea quedarse en casa cuando ella se veía con él, pero desde Lisboa no tenía ganas de visitar a antiguas novias. Aceptó, en cambio, una serie de conferencias nocturnas sobre la teoría del campo cuántico en la Royal Geographical Society, participó en coloquios de radio y televisión, y de vez en cuando sustituyó en algunos actos a un colega enfer-





mo. Que los filósofos de la ciencia se engañen creyendo lo contrario, pero la física estaba exenta de contaminación humana, describía un mundo que existiría igual si no existieran los hombres y las mujeres y todas sus tristezas. Se adhería a esta convicción de Albert Einstein.

Pero aunque cenase hasta tarde con amigos, solía llegar a casa antes que Patrice y no tenía más remedio que esperar, quisiera o no, hasta que ella volviese, aunque nada sucediera cuando ya había vuelto. Se iba derecha a su habitación y él se quedaba en la suya para no tener que encontrársela en la escalera, en su estado de somnolencia pos-coito. Era casi mejor cuando ella se quedaba a dormir con Tarpin. Casi, pero a Bread le costaba una noche de insomnio.

Una noche de finales de julio, a las dos de la mañana, estaba en bata en la cama, escuchando la radio, cuando la oyó entrar en casa e inmediatamente, sin premeditación, puso en práctica un plan para ponerla celosa e intranquila e infundirle el deseo de volver a su lado. En el World Service de la BBC, una mujer hablaba de costumbres que afectaban a la vida doméstica en los pueblos kurdos de Turquía, un zumbido relajante de crueldad, injusticia y absurdo. Bajando el volumen, pero manteniendo los dedos en el botón, Beard entonó en voz alta un fragmento de una canción infantil. Supuso que Patrice oiría su voz desde su cuarto, pero no las palabras. Al terminar la frase, subió el volumen de la voz de la mujer durante unos segundos, y luego la interrumpió con una línea de la conferencia que había dado aquella noche e hizo que la mujer respondiera más por extenso. Repitió la maniobra durante cinco minutos, con su voz seguida de la de la mujer, a veces superponiendo astutamente las dos. La casa estaba en silencio, escuchando, por supuesto. Entró en el cuarto de baño, abrió un grifo, tiró de la cadena y se rió en voz alta. Patrice tenía que saber que la





amante de Michael era ocurrente. Luego él emitió una especie de grito amortiguado. Patrice tenía que saber que se estaba divirtiendo.

No durmió mucho esa noche. A las cuatro, tras un largo silencio que indicaba una intimidad tranquila, abrió la puerta de su dormitorio mientras mantenía un murmullo insistente y bajó la escalera caminando hacia atrás, agachándose para crear en los peldaños con las palmas el sonido de las pisadas de su acompañante, sincopados con los suyos. Era uno de esos planes que sólo se le ocurriría a un loco. Después de acompañar a la mujer hasta la entrada, despedirla con besos silenciosos y cerrar la puerta con una firmeza que resonó en toda la casa, subió a su cuarto y dormitó por fin hasta después de las seis, repitiéndose en voz baja: «Júzgame por mis éxitos.» Se levantó una hora más tarde para asegurarse de que toparía con Patrice antes de que ella se fuese al trabajo y de que viera lo repentinamente alegre que él estaba.

Ella se detuvo en la puerta de la calle, con las llaves del coche en la mano y la correa de su bolsa repleta de libros colgada de la hombrera de su blusa de flores. No había la menor duda: parecía destrozada, exhausta, aunque su voz era tan clara como siempre. Le dijo que iba a invitar a Rodney esa noche, y que probablemente él se quedaría a dormir, y que le agradecería que él, Michael, no apareciese por la cocina.

Coincidió que era el día en que él viajaba al Centro de Reading. Aturdido de cansancio, emprendió el viaje mirando a través del cristal sucio de la ventanilla del tren la milagrosa combinación de caos y grisura en la periferia de Londres, y se maldecía por su estupidez. ¿Le tocaba a él escuchar voces a través de las paredes? Imposible, estaría fuera, en algún otro sitio. ¿Le expulsaría de su propia casa





el amante de su mujer? Imposible, se quedaría y le haría frente. ¿Una pelea con Tarpin? Imposible, acabaría estampado contra el parqué del pasillo. Estaba claro que no había estado en condiciones de tomar decisiones o concebir planes, y en lo sucesivo tendría que tener en cuenta su inestable estado mental y actuar conservadora, pasiva, sinceramente y no violar normas, no hacer nada extremo.

Meses más tarde violaría cada elemento de esta resolución, pero se olvidó de ella al final de aquel día porque Patrice llegó a casa del trabajo sin provisiones (no había nada en la nevera) y el constructor no fue a cenar. Beard sólo la vio una vez esa noche, recorriendo el pasillo con una taza de té en la mano y un aire deprimido y gris, menos con un aspecto de icono del cine que con el de una maestra de primaria sobrecargada de trabajo y con una vida privada desastrosa. ¿Se había equivocado al reprenderse en el tren, habría surtido efecto su estrategia y ella, entristecida, se había visto obligada a cancelar la cena?

Reflexionando sobre la noche anterior, le pareció extraordinario que al cabo de una vida de infidelidades una noche con una amiga imaginaria no fuera menos excitante. Por primera vez en semanas se sintió levemente alegre y hasta silbó una canción de un musical mientras calentaba la cena en el microondas, y cuando se vio en el espejo hundido, con marco de pan de oro, del guardarropa de abajo, pensó que su cara había perdido grasa, tenía un aire resuelto y, a la luz de la bombilla de treinta vatios, poseía cierta nobleza, un posible efecto del yogur azucarado y bajo en colesterol que se obligaba a beber todas las mañanas. Cuando se acostó dejó la radio apagada y aguardó con la luz baja el contrito golpeteo de las uñas de Patrice en la puerta.

No lo oyó, pero no le preocupó no oírlo. Que ella pase la noche repasando su vida y las cosas importantes, que





sopese en la balanza del valor humano a un Tarpin de manos callosas y el barco envuelto en una funda con el etéreo Beard de renombre universal. Las cinco noches siguientes, que él supiera, ella no salió de casa, y entretanto él atendía a sus compromisos de conferencias y otros encuentros y cenas, y cuando volvía, normalmente después de medianoche, procuraba que sus pasos seguros dieran la impresión en la casa oscurecida de un hombre que vuelve de una cita.

La sexta noche estaba libre para quedarse en casa y ella optó por salir, después de haber pasado más tiempo del habitual en la ducha y con el secador. Desde su observatorio, una ventanita empotrada muy adentro de un semirrellano del primer piso, la vio recorrer el sendero del jardín y detenerse junto a una mata alta de malvarrosas bermellonas, y extender la mano para examinar una flor. La cogió y la estrujó entre las uñas recién pintadas del pulgar y el índice, la examinó un momento y la dejó caer al suelo. El vestido de verano, de seda beige y sin mangas, con un solo pliegue al final de la espalda, era nuevo, una señal que él no supo interpretar muy bien. Ella siguió andando hasta la cancela delantera y él pensó que había cierta pesadez en sus pasos, o al menos no tanto entusiasmo como de costumbre, y arrancó del bordillo en el Peugeot a una velocidad casi normal.

Pero la espera de esa noche fue más penosa, otra vez con el juicio confuso, y empezó a pensar que al fin y al cabo estaba en lo cierto, su travesura de la radio le había hundido. Para ayudarse a analizar las cosas se sirvió un whisky escocés y vio un partido de fútbol. Para cenar sólo tomó una tarrina de un litro de helado de fresa y peló medio kilo de pistachos. Estaba inquieto, molesto por una necesidad sexual sin objeto, y llegó a la conclusión de que podría igualmente tener o reanudar un amorío real. Dedicó algún tiempo a pasar las





páginas de una libreta de direcciones y miró fijamente el teléfono un buen rato, pero no lo descolgó.

Se bebió media botella de whisky y antes de las once se quedó dormido en la cama, totalmente vestido y con la luz del techo encendida, y durante unos segundos no supo dónde estaba cuando, horas después, le despertó el sonido de una voz abajo. El reloj de la mesilla marcaba las dos y media. Era Patrice hablando con Tarpin, y Beard, todavía fortificado por la bebida, se encontraba con ánimo de decir unas palabras. De pie y atontado en el centro de la habitación, se balanceó un poco al remeterse la camisa. Abrió la puerta sigilosamente. Todas las luces de la casa estaban encendidas, y menos mal que así era, porque ya estaba bajando la escalera sin pensar en las consecuencias. Patrice seguía hablando, y al recorrer Beard el pasillo hacia la puerta abierta de la sala creyó oírla reírse o cantar, y pensó que estaba a punto de interrumpir una pequeña celebración.

Ella, sin embargo, estaba sola y llorando, encorvada en el sofá con los zapatos colocados de canto encima de la larga mesa baja de cristal. Era un sonido de lamentación insólito y contenido. Si alguna vez había llorado así por él, habría sido en su ausencia. Se detuvo en el umbral y ella no le vio al principio. Ofrecía una imagen lastimosa. Tenía retorcido en la mano un pañuelo de tela o de papel y le temblaban los delicados hombros caídos, y a Beard le invadió la compasión. Intuyó que era factible una reconciliación y que ella sólo necesitaba un contacto suave, palabras amables, nada de preguntas, y que se estrecharía contra él y él la llevaría arriba, aunque incluso en aquel súbito arranque de ternura sabía que no podría transportarla en brazos, ni siquiera con los dos.

Cuando Beard ya atravesaba la habitación crujió un tablón y ella levantó la vista. Sus miradas se encontraron,





pero sólo un segundo, porque Patrice se llevó al instante las manos a la cara para tapársela, y volvió la cabeza. Él la llamó por su nombre y ella movió la cabeza. Torpemente, de espaldas a él, se levantó del sofá y, caminando casi de costado, resbaló sobre la piel de oso polar que patinaba con suma facilidad sobre el suelo de madera barnizada. En una ocasión él había estado a punto de torcerse un tobillo y desde entonces aborrecía aquella alfombra. También le disgustaba su boca ávida y abierta de par en par, y sus dientes amarillos a fuerza de estar expuestos a la luz. Nunca habían hecho nada para sujetar la piel contra el suelo, y no podían tirarla porque era un regalo de boda del padre de Patrice. Ella se serenó, se acordó de recoger sus zapatos y se tapó los ojos con la mano libre al pasar corriendo por delante de Beard, estremeciéndose cuando él extendió la mano para tocarle el brazo, y rompió a llorar de nuevo, esta vez con mayor libertad, mientras subía la escalera.

Él apagó las luces de la sala y se tendió en el sofá. No tenía sentido seguirla cuando ella no quería verle, y ahora ya no importaba porque había *visto*. Patrice no había tenido tiempo de ocultar con la mano la moradura debajo de su ojo derecho, que se extendía de una parte a otra del pómullo, negra y de un rojo inflamado hacia los bordes, y que se hinchaba debajo del párpado inferior, obligándola a cerrarlo. Suspiró en voz alta, resignado. Era inevitable, su deber estaba claro, ahora tendría que subirse al coche y conducir hasta Cricklewood, pulsar el timbre de la puerta hasta que Tarpin se levantara de la cama y arreglar el asunto con él allí mismo, debajo de la lámpara de jardín, y sorprender al detestado contrincante con un asombroso alarde de velocidad y decisión. Amusgando los ojos, volvió a escenificarlo, demorándose en el detalle de su puño derecho que reventaba el cartílago de la nariz de Tarpin, y luego, con variantes





menores, reconsideró la escena con los ojos cerrados y no se movió hasta la mañana siguiente, cuando le despertó el ruido de la puerta principal que se cerraba detrás de Patrice, rumbo al trabajo.

Ocupaba un puesto universitario honorario en Ginebra y no enseñaba allí, prestaba su nombre, su título, profesor Beard, premio Nobel, a membretes e institutos, suscribía «iniciativas internacionales», era miembro de una Comisión Real para la financiación de la ciencia, hablaba en la radio con lenguaje de profano sobre Einstein, fotones o mecánica cuántica, brindaba su consejo sobre solicitudes de becas, era asesor de tres publicaciones académicas, escribía informes y reseñas sobre la obra de sus colegas, se interesaba por los cotilleos, la política de la ciencia, las intrigas, las argucias, el aterrador nacionalismo, las sumas colosales arrancadas a ministros y burócratas ignorantes para otro acelerador más de partículas o para alquilar espacio instrumental en un satélite nuevo, asistía a congresos gigantescos en Estados Unidos —¡once mil físicos reunidos!—, escuchaba a posgraduados explicando sus investigaciones, daba con variaciones mínimas la misma serie de conferencias sobre los cálculos que apuntalaban la Combinación Beard-Einstein que le había valido el premio, concedía él mismo galardones y medallas, aceptaba títulos honoris causa y pronunciaba discursos y panegíricos al final de una cena sobre colegas jubilados o a punto de ser incinerados. Era una celebridad, por gentileza de Estocolmo, dentro de un universo restringido y especializado, e iba tirando un año tras otro, vagamente cansado de sí mismo, privado de alternativas. Todo lo emocionante e imprevisible estaba en su vida privada. Quizás fuera suficiente, quizás había logrado todo lo posible

